CATULLE MENDÈS

El cuerpo pesado, la cabeza erguida, mirando ante él con sus ojos claros, Catulle Mendès pasea por el bulevar el recuerdo de su antigua belleza, de su belleza a los veinte años. El perfil siempre irreprochablemente griego, pero la cuarentena, ya evidente, ha mordido y tostado la tez blanca y sonrosada del apuesto efebo, del dandi bohemio de *Roman d'une nuit*. Los labios, antes rojos, se han vuelto violáceos, el bigote, antaño imperceptible de lo rubio que era, se ha endurecido y teñido de un color amarillento oscuro, consecuencia de una adicción a los cigarrillos. El hombre, hace veinte años, con su opulenta cabellera rubia recordaba al primer Musset, al Musset de *Don Paëz*, menos en la raza y más en el cálculo, pues Catulle Mendès conoció pronto las asperezas de la vida y supo ser *práctico*. Hoy, de todo ese conjunto blanco, regular, claro y rubio, queda una huella, un reflejo y, en definitiva, una influencia.

El nombre de Catulle Mendès, mitad latino, mitad español, que nos revela cierto origen israelita, aparecía por primera vez hacia 1860, precedido del título de redactor en jefe. Enseguida este joven de cabellos dorados fue redactor jefe de una revista*: la Revue fantaisiste*. Sobre la portada salmón de esa antología puedo leer los nombres que habían de contar con sus simpatías y amistad: Théophile Gautier, Léon Gozlan, Théodore de Banville, Charles Baudelarire, Arsène Houssaye, Champfleury, Auguste Vacquerie, sin contar a los jóvenes, como Aurélien Scholl, los dos Daudet, Louis Dépret y mucho más. Cito aparte el nombre de un último colaborador: Auguste Villiers de l'Isle Adam. Éste fue el único que permaneció siendo fiel a la fortuna literaria, por otra parte extrañamente negativa de Catulle Mendès, y que, probablemente por amistad, siguió cumpliendo sus promesas desde hechas a los veinte años.

He dicho que esa época Catulle Mendès era un dandy. Lo era sobre todo en cuanto a la imaginación. La leyenda de entonces lo representa domando caballos salvajes, y, regresando del Bosque, descendiendo enguantado, con la corbata en la mano, delante de Tortoni, en medio de murmullos halagadores provocados por su belleza juvenil. Es posible, pero esas son cosas de las que uno se persuade algunas veces a sí mismo, por las necesidades de la estética, por el *chic* del verso. Del mismo modo no me ha sido demostrado que los ultrajes salvajes y voluptuosos descritos en la antología titulada *Philomela* sean la reproducción de realidades. Algunas antiguos allegados de Catulle Mendès – en la época en la que, liberado del mes de prisión que le había valido el *Roman d'une nuit*, y que mantenía un cenáculo en una planta baja de la calle de Douai – afirman que no se tumbaba sobre pieles de tigres, y que la imitación de las fantasías de *Fortunio* era puramente teórica. Tened en cuenta, os lo ruego, que las *Fleurs du mal* acababan de aparecer, inaugurando una poesía enfermiza, ficticia, completamente repleta de pose, de manido romanticismo. Había que consumir *haschich*, o al menos hacer que se consumía. Desde el punto de vista de la salud material esto no extrajo consecuencias. Tan solo Baudelaire lo dio por bueno y de ello murió. Catulle Mendès siempre se portó bien a pesar de sus versos.

Sin embargo no se volvía famoso y los años comenzaban a caer. Había entonces en París un muchacho, todavía más joven que Mendès, que, queriendo fundar una revista, debió procurarse un gerente, no siendo éste mayor de edad. Este joven se llamaba Louis-Xavier de Ricard. Era hijo del general marqués de Ricard, antiguo ayuda de campo del príncipe Jérôme. Amaba la poesía, la filosofía y a la República. Habiendo zozobrado su revista por los desvelos de la policía correccional, como era generalmente la suerte de casi todas las revista de esa época, renunció a la República y a la filosofía, y optó por dedicarse a la poesía, como a la menos peligrosas de las tres propuestas. De

ello resultó una publicación semanal titulada *l'Art*, que fue la vanguardia de los *Parnasianos*. Esto sucedía durante el inverno de 1865; las representaciones de *Henriette Maréchal* de los Sres. de Goncourt en la Comedia Francesa, muy defendidas por los jóvenes redactores de *l'Art*, contribuyeron a engrandecer a este naciente grupo. Si acudía a la representación como antaño ocurrió con *Hernani*, por grupos, especialmente para aplaudir lo que exasperaba a los espectadores más ordinarios: el apostrofe del *Monsieur en habit noir*: ¡Atenienses de Chaillot! Monton de Polichinelas! ¿Qué relación, me dirán ustedes, podía tener ese realismo con esos jóvnes líricos? Son esas cosas extrañas que uno no se explica. Los *Parnasianos* nacieron precisamente al día siguiente de *Henriettte Maréchal* y fue Catulle Mendès quien encontró el titulo bajo el cual apareció la primera entrega de su manifiesto periódico: *el Parnaso Contemporaneo*.

Actuó de repente, llevando consigo un recluta que se volvió célebre: François Coppée y otros, extraños y raros, que fueron al *Parnaso contemporano* lo que había sido Pétrus Borel y Lassailly al grupo romántico.

Catulle Mendes tomó, por así decirlo, la jefatura del movimiento. ¿Cuáles eran sus títulos, su autoridad? Esperando la objeción, propuso como pontífice honorario del *Parnaso* a Leconte de Lisle, poeta ya maduro, cuyos *Poèmes antiques* y los *Poèmes barbares* eran perfectamente válidos para resumir las tendencias del movimiento: la severidad de la factura del verso, la predominancia de la forma sobre la idea, el odio al sentimentalismo. Unas palabras de un enemigo hizo mucho por el éxito de los *Parnasianos*: el día en el que se les llamó *los Impasibles*, se convirtieron en una escuela. Catulle Mendes se puso enseguida como meta demostrar su misión. De repente se le vio estudiar con esmero el *Ramayana* y los *Vedas* y publicar laboriosamente poemas en los que acometía temas como el hijo Khrisna de Cwarg, de Indra, de Yame, de la antigua Ekhidna, de Marut y de los dos perros de Yanama que acosan en las tinieblas. No se podía resistir a eso, y Barbey d'Aurevilly supo elegir bien su buen filo de Toledo en madera y curtir a los *Parnasianos*, para ser los más fuertes.

Todas escuela literaria tiene por cuartel general un salón. El salón de los *Parnasianos* fue el de su cofundador, Louis Xavier de Ricard. Hacía los honores en ese salón, situado en el nº 12 del bulevar de los Batignolles, la madre del joven dueño de la casa, la Sra. marquesa de Ricard, encantadora mujer que se divertía mucho con esa brutal invasión ruidosa de poetas reformadores. François Coppée leyó allí, mucho antes de publicarlos, la mayoría de los poemas de su primera antología: *le Reliquaire*. Igualmente Sully-Prudhomme su *Vase brisé* y otras graciosas piezas de sus *Stances et poèmes*. Una noche Catulle Mendès, improvisándose como empresario, organizó la representación del primer acto de *Marion Delomre*: él representó con mucho acierto a Saverny, al lado de Coppée, que estuvo extremadamente fatal en el papel de Didier. La Sra. marquesa de Ricard representaba a Marion. Creo que Germain Casse, hoy diputado, y que acababa de pasar un año en Sainte-Pélagie, por no tener aprecio al Imperio, asistía a esta curiosa velada. Un elemento republicano muy activo se mezclaba en efecto con este movimiento poético. Todos esos rimadores, comenzando por uno de sus maestros, Baudelaire, el más indiferente en materia de política, habían, como se dijo, comido un poco de prisión, lo que no era un hecho precisamente para hacerlos entusiastas del gobierno. Catulle Mendès, sin embargo, jamás hablaba de política: era, decía, perder de vista el objetivo del *Parnaso*. Coppée tampoco. Y tampoco los dos fieles de Mendès, uno ya citado, Villiers de l'Isle Adam, el otro, no menos interesante, Stéphane Mallarmé.

Mallarmé pudo resumir el tipo del *Parnasiano* en su última obra. Para él, la poesía es simplemente una música, y el encanto sonoro de las palabras constituía el objeto esencial. Escribía por ejemplo esto:

Avalancha de oro del viejo azul del día
Primero, y de la nieve eterna de los astros
Dios mío, tu destacas los grandes cálices, para
La tierra joven aún y virgen de desastres.

Esta poseía particular exigía imperiosamente una interpretación. En algunos casos, Catulle Mendès se encargaba de ello con bondad.

–*Avalancha de oro*, decía, es decir: con el oro proveniente de los rayos del día, que Dios acababa de crear; – *del día primero*; es decir, desde el principio de la creación; – *de la nieve eterna de los astros*; es decir, de la blancura inmaculada de las constelaciones, de las estrellas; – *tú destacas los grandes cálices*, es decir: tú pones las flores en las corolas, tales como la rosa, el jacinto, el lis, como lo veréis en las siguientes estrofas; – *para la tierra todavía joven*: nada más preciso, puesto que la tierra aún no tenía ni un día; – *y virgen de desastres*: expresión no menos acertada, puesto que aún no se había producido ninguno.

–Auguste Villiers de l'Isle Adam paseaba a través de los *Parnasianos* sus distracciones, sus miradas fijas y sus palabras entrecortadas. Luego dirigiéndose al piano, con paso de somnámbulo, tocaba, con los ojos perdidos en una contemplación interior, alguna melodía macabra, por ejemplo *Boir le Vin de l'assassin* de Baudelaire, Luego, en medio de una atención espantada, se levantaba, arrojando una carcajada sabiamente diabólica. Otras veces Villiers de l'Isle Adam leía un drama inédito, lleno de cualidades superiores. De eso hace ya dieciséis años: ninguno de esos dramas ha sino nunca ni representado ni siquiera publicado. El autor estaba absorbido por extrañas preocupaciones: primero un proceso contra Inglaterra, para que se le restituyese un gran número de millones, que se debían a Villiers de l'Isle Adam, gran maestro de la orden de Saint-Jean de Jerusalem, título del que había sido injustamente desposeído. Con motivo de la ausencia en el trono de Grecia, el joven poeta pensó igualmente en hacer valer sus derechos, siempre en razón de su parentesco con el antiguo gran maestro.

–El emperador, decía, me ha prometido ver el asunto…examinarlo… Fumaba un cigarrillo. Tenía las piernas pequeñas, el busto alto: Yo espero.

Villers de l'Isle Adam contaba todo eso con voz rápida, entrecortada, con tono profundo, mirando el suelo con un tono despreocupado y seguro.

El *Parnaso contemporáneo* fue, en definitiva, la gran obra literaria de Catulle Mendès. Pese a cuales hayan sido las excentricidades y las exageraciones de ese movimiento literario, fue un auténtico movimiento, y el organizador, sino el hombre de la primera iniciativa, fue Mendes. Con todo eso, su nombre es más conocido que su obra. La explicación es sencilla: la obra poética de Mendès es más didáctica que personal. Mendès es una especie de maestro de armas en poesía, que conoce a fondo los secretos de su arte, habiendo enseñado sus secretos a una multitud de poetas, comenzando por el más celebre, Coppée, como él mismo lo ha declarado en una carta hecha publica por el autor. Esta especie de profesorado reformador y progresista de la poesía, de la que durante mucho tiempo se ha investido Catulle Mendès, lo ha empujado a unos desafíos prodigiosos; entre otros a escribir el poema Swendenbourgiano de

Hesperius, al lado del cual, el Apocalipsis es un juego de niños. Pero aun alli Mendès creía trazar un camino nuevo, y no escribía tal vez por puro placer.

Parece que desde hace algunos años ha abandonado definitivamente la poesía por la novela y el tetro, transportándola a estas últimas formas, y en prosa, los procedimientos de extrañeza que él aplicaba antaño a sus versos. Le gusta la excepción y lo monstruoso. *Le Roi Vierge* y los *Monstres parisiens* han comenzado a fijar en él la atención del público, largo tiempo indiferente. El drama *les Meres ennemies* se representa en el Ambigu, y en este momento es el mejor trabajo de este escritor tanto tiempo desdeñoso por la sinceridad literaria e infinitamente menos preocupado de sus propias obras que del éxito de los alumnos salidos de su sala de armas poéticas.

Adolphe Racot. *Portraits d'aujourd'hui*. 1887ç
Digitalizado por José M. Ramos González
Para http://www.iesxunqueira1.com/mendes